



El ex libris de A.F.

Descripción

Llego tarde al homenaje a Antonio Fontán en este número de *Nueva Revista* (al de este número: a Fontán le homenajean implícitamente a diario sus cientos de amigos, discípulos y admiradores, entre los que, afortunadamente, me cuento); pero no tan tarde como para que el director no cuele amablemente esta pieza, modesta y republicana, a modo de tributo a Antonio Fontán.

He escrito «modesta» y he escrito también «republicana»: es modesta porque es breve y porque se refiere, a su vez, a un tipo de texto (o de texto iluminado) que suele tener pequeño formato: el *ex libris*. Sólo por eso, porque, para uno, todo lo que se refiere a Fontán es grande, gigantesco. Lo único pequeño en la vida grande de Antonio Fontán es su *ex libris*, que no debe de tener más de cuatro centímetros de largo por tres de ancho.

Y he escrito «republicana» usando la feliz expresión que uno de los miembros más distinguidos del consejo editorial de *Nueva Revista* —Paco Cabrillo— dedicaba a los originales nada originales, o sea, a los textos que cuando llegaban a la mesa del editor —la mesa de Antonio Fontán, como la del rey Arturo, también es grande y está llena de notables— ya habían sido impresos en algún otro sitio, de modo que publicarlos era re-publicarlos.

error: could not find or type unknown

Porque el caso es que, hace un par de meses, la inconsciente amabilidad de dos expertos *exlibristas* provocó que me pidieran que prologara un magnífico libro, que se ocupaba de rastrear la influencia cervantina y quijotesca en los *ex libris* desde 1770. Yo poseo libros, pero no tengo *ex libris*. Tampoco conocía la obra, sin duda interesantísima, de los *exlibristas*. Y de ese arte, como de las aficiones que le supongo familiares —encuadernaciones, dedicatorias, coleccionismo de intonsos, de *princeps*, de primeras ediciones e incluso de erratas— no tenía más conocimiento que cualquier lector muy curioso que tenga, además, un par de maestros y amigos bibliófilos —o, como es mi caso, más bien «bibliófagos»—. En fin: que mi desconocimiento de ese mundo mágico de los *ex libris* era y es oceánico.

Entonces recordé el *ex libris* de alguien admirable por sabio, por latinista, por político, por periodista: el del maestro de maestros e insuperable tejedor de amistades que es Antonio Fontán. Durante una época frecuenté muchos libros suyos (suyos en propiedad y suyos, sobre todo, porque los había escrito él, que es lo que tiene mérito), y casi todos ellos tenían, adherido, su *ex libris*, un pequeño sello con un hexámetro en letra gótica. Y el *ex libris* de Antonio Fontán me sacó del apuro del prologuista

tan limpiamente como el propio Fontán me ha sacado otras veces de otros apuros.

Después, superado el trance, me volví a olvidar de esa curiosa afición o arte. Pero algo había aprendido de la prueba, y algo también rememoré con ella, algo que viene a cuento en este número de homenaje al hombre grande.

Caí en la cuenta de que el *ex libris* entrevistado en los libros de Antonio Fontán era distinto a los de la mayoría que yo había ojeado (y hojeado). Estos abundaban en dibujos con aspecto de litografía expresionista (mayoritariamente malos), en señoritas *art nouveau* castamente desnudas (mayoritariamente gruesas), en marcos grottescos, panoplias, escudos de armas, grifos, y dragones y barones más o menos rampantes (mayoritariamente sobreactuados); también en cierto humor y, algunos, en lemas solemnemente tópicos.

Lejos de ese bosque barroco y grandilocuente, Antonio Fontán encontró el texto de su *ex libris* (y esto sí que es «encontrar»), en el *Catholicon* de Juan de Balbis, obispo de Génova (n. en 1824); su autoría entre los antiguos (me dijo el propio Fontán, claro) es desconocida. Como todas las verdades, probablemente pertenezca ya a todos y a nadie en particular. Dice así:

Haurit / aquam cribro / qui discere vult / sine libro

«Saca agua con una criba el que pretende aprender sin libros». (La criba —*cribrum*— era el utensilio utilizado en las eras para separar el grano de la paja).

Lo que aprendí es esto: que en casi todos los demás casos, los *ex libris* venían a ser un espacio mínimo, casi mezquino y hasta vanamente celoso en algunos casos: el espacio meramente dedicado al registro de la propiedad literaria (o libresca); un torpe sello que, en muchos casos, y como tantas famas, probablemente no tenía casi nada que ver con la vida real del dueño del libro.(y del *ex libris*).

Lo que rememoré es esto otro: que el de Antonio Fontán era, a escala, uno de los muchos aspectos pequeños con los que ha hecho, de su larga vida, algo muy grande.

Fecha de creación

29/09/2003

Autor

Manuel Fontán del Junco